

Antología personal y otros poemas

Gary Daher



Coleção de Areia

© *Antología personal y otros poemas*, Gary Daher | 2010
© Portada & Projeto gráfico | Floriano Martins
Coleção de Areia – 09
Projeto Editorial Banda Hispânica
Caixa Postal 52817 – Agência Aldeota
Fortaleza Ceará 60150-970 Brasil

Antología personal y otros poemas

1993-2010

[de] Los Templos
1993

Editorial Arol | Cochabamba

ÉSTE ES MI RÍO

Éste es mi río
mi Mamoré de larga cola
de garza al vuelo
de tarde teñida y roja.

Éste que
besado por las enmarañadas orillas
con sus árboles de bosque
con sus maderas de enamorado verde
se tuerce de placeres llevando una sola y líquida vena
que recupera de la playa dulce
la pascana del sueño
y de los pequeños desfiladeros
la arisca torrente de su alma de agua.

Éste es mi río
de corriente de chocolate en pena
mi río de canoa vadeada
y peces de escama cerril y salto de fugaz clavada.

Éste.

Y por nadar
encariñado con el vigoroso crecer vegetal
su piel está pintada de ramas y hojas tiernas

Pintura que lleva de vez en vez un sordo latido de lágrima
que lo exalta y encabrita azotando sus riberas
devorando animal y cabañas
con su hosco bramido de anaconda en inundada.

Éste es mi río
de sol contra el oeste
gigante y exaltado en fulgor naranja
mi río de tarde tarde
que canta arias de sirena india
hechizando
fresco y grande
al coro misterioso y eterno del rumor de la espesura.

SEXTO TEMPLO

Quién ha caminado su salón,
murallas de papel de arroz,
quién la frágil textura nerviosa de su piel al vivo;
quién ha logrado sostener
un grano de sucio trigo
en su interior,
quién.

Sólo al compás del olvido voluntario,
donde no cabía una muesca se cobijó el escarnio.
Un vicio,
una mentira más,
nervio principal muerto,
templo anestesiado.

Alrededor,
un desmedido cementerio,
el látigo,
el rahez robo,
el abuso fiero.

y no hay el sonido que agotaba el campanario.

Allá,
la puerta clausurada,
la nave vacía,
la sangre,
una mancha en la acera,
y ese enorme e insostenible
silencio
preñado del gritar.

[de] Tamil
1994

Editorial Gente Común | La Paz

EL TERROR

He mascado una almendra que sabe amarga. Al centro de la almendra mora el miedo. No el miedo natural de las pesadillas y sus ancestrales e incógnitos temblores, la muerte y el dolor físico inaguantable. No. Este terror es otro, uno que viene de lo incompleto. Algo así como un cíclope al que le han nacido las dos cejas.

Sí. Mascada, ya disemina atroz este sabor que no puedo entregar. Uno de perderme en ti y no alcanzarte. Aturdimiento de amarte más, descenderte, desaparecer y aparecerte. Nadie. Un río debería lavar las ausencias. Una pendiente. Un agua salvadora. Pero, no. Tú no esperas, inmutable. Ojos eternos, diosa de carne, espalda sin vuelta.

TRAYECTO

El volante no es una dirección, es un arco que al frente se mueve independiente de la noche que ya ha devorado tinta en su vientre de opaca tersura. A mi lado, tu cuerpo, la respiración, una densa marea de te quiero no dichos, y la luna que ha hundido su garganta de nata sobre un mar de presentidos deseos. Por la calle, la gente, los carros. Aquí, adentro, nosotros: callados desconocidos. Aprieto los dedos. Un alguien desata el estrépito de su bocina a mi espalda. Y entonces sí: lúcida, como un regalo de soles, me viene la certeza de que entre ese tú y ese yo que no se aman hay un afán de beberse, no importa en qué callejón ni en qué verano, insaciables, todos los labios.

LA NOCHE

Tus manos son el tacto de las mías. Alrededor, apretada, la noche se ha reunido a carcajadas entre las mesas. Alguien toca con poca destreza un charango. Cerca de aquí, las velas. Y un nosotros que no es más que deseo, una gran cantidad de aliento retenido. Detrás de tus ojos tengo los míos. Una humareda de apetencias se tropieza con nuestras palabras. No, ya no se piensa. Gigante, el mareo de los querer nos lleva a rastras sin la puerta. Nuestros cuerpos sabrán qué hacer; nosotros, inciertos, los seguiremos. La barca navega sobre su mar de eterna espalda; mientras la noche implora con quejido animal, y ya no se calma.

ACTOS

Los actos, nuestros actos, pasan por encima de nosotros. Ellos nos transcurren hora tras hora repetitivos y recurrentes: gestos, miradas. Nos vienen con tan gran mareo que no sé explicar cuál frenética llamada me dice desde tu cuerpo los días en que te apareces frente a mí especialmente hermosa (desde aquí esto ocurre con cada vez mayor frecuencia) y que nos lleva hacia aquel tocarse que al descuido (o con mucho cuidado) han encontrado para sí el dorso de nuestras manos. A veces estás tan cerca que no sé si me contengo porque debo o porque puede más esa vieja minusvalía que no permite reventar lo que vive adentro.

Yo tengo, amiga, al igual que tú (parece), una manera razonable de recurrir a los días; soy de los que comúnmente se dicen conscientes y pertenezco a todos aquéllos (los amanerados de casa) que han transformado su moverse en un ritual de formas para agradar al otro. Lo que tú no sabes (y puede que no sea tan secreto) es que por otro lado en mí aguarda una difícil bestia que se ha criado entre lo oscuro que no muestro. Una que quiere corromper las maneras en lo que esto hemos convertido, que quiere de una vez beber el lado izquierdo y saberte entre mi sed mordiéndonos al vernos, acariciando sin dudar, jadeando aun si alguien oye que es grotesco. Oculto a esta bestia de tus quizás desprecios, aunque en el fondo siento que tu deseo es a ella a quien sí busca.

Pero un día, tal vez como cualquier otro, dejarás entre lo recurrente de tus actos, acaso inconsciente, la fisura de una grieta; entonces, a partir de allá, serás esa una primera, última y sin retorno. Y entre el frenético vértigo que lloverá mientras me anido tampoco sabrás si fui yo (aquél que es tan compuesto y de modales) o el burdo animal a quien abrigo, el que al fin en ti se entró, y se ha instalado para vivir copulando sin descanso con cada una de las bestias que en ti también, en su negro rincón agazapadas, moran, y que tú, por lógico pudor, no me comentas.

SILENCIOS

(...)

Este silencio que precede no tiene nada que ver con tu silencio. Porque el tuyo es disfrazado, disfrazado de sonrisas, disfrazado de modales. Tú crees (y yo porque tú lo dices) que es mejor dejar las cosas en su estado de fantasma; mientras que todo quema adentro, imaginar que no te amo y eso ya, de veras, no lo acepto. Una lluvia de sentires táctiles me moja en la memoria como tus ojos ahora que no miran para no tener que decir que quieren. Y si mi mano busca no encontrará tus dedos, no encontrará la piel de la que bebe. Un teléfono ya no es suficiente. Una voz no sacia. Tan envenenada está la espera que ya no puede. Una sinrazón ha estrangulado todas las formas, y tú que persistes vivir como verbo defectivo conjugado sólo en el pasado perfecto.

VIGILIA

Todo comienza cuando termina. Cuando el fulgor pirotécnico de la sorpresa va muriendo y lo que fue instantáneo se ha vuelto espera. Pero uno que al principio entró como sin querer ha quedado atrapado entre la red impalpable del no sé si llamar cariño. Esto que hace que la necesitemos más y más, que hace que su presencia ilumine, que hace que su tocar nos electrice; ya no como un deslumbrante estupor, sino como una imprevisible marea que sube sin detenerse angustiándolo todo como si en cada segundo fuéramos a perderla. Y cuando se oye el tocar de la lluvia en los cristales, y la calle está anegada, y la noche es una voz enredada entre los árboles; pero ella no está aquí, inexistente a nuestra mano, y no sabemos dónde, y no sabemos con quién, y no sabemos cómo; aparece un escozor que nos sepulta en su difícil ardor de ausencia, en su inevitable tambor de celos. Entonces ya ni la palabra nos acompaña. Y ese que debía ser poema es un horizontal lamento sin ritmo y sin salida. Porque aquí las horas no se mueven y no aparece la mañana en que podremos verla, radiante, como si la larga vigilia (en la que por pensarla hemos sufrido) no se hubiera registrado, y como si su exilio (esta insoportable y abierta ausencia) de repente jamás nos hubiera sucedido.

MANCHA DE HUMEDAD

Caminé hacia ti en medio de la penumbra de la sala. La figura de tu cuerpo: piernas recogidas sobre el sofá, una mano apoyada hacia la derecha, la cabeza levemente inclinada sobre tu hombro y una enredadera de cabellos armando tu silueta débilmente iluminada y esperando. Yo sonrío y abro los brazos. Siento que el ambiente trae un sopor profundo y todo se ha esfumado entre vapores. No estamos en la sala. Es una caverna que desciende hasta cerrarse por encima apenas del agua que anega todo el piso. Adelante está la abrupta pared de piedra. No hay nadie. Un perceptible sonido de chapaleo me obliga a dar la vuelta y eres tú que cruzando con el vestido alzado por el puño vienes y sonríes y abres para mí uno de los brazos. Entonces sé que estoy soñando y despierto en medio de la sala. La luna ha creado algo como un farol sobre la ventana y no hay nadie en el sofá. Detrás de él, como siempre, solitaria, la mancha de humedad sobre la pared de la sala por el lado que da al jardín.

ESTO

Esto es como el destierro enorme y desnudo, el destierro implacable del olvido. Un monje deja abierta la celda que da a la bodega: la soledad inmensa del no retorno. Aquí no hay la prisa, sólo el letargo del que ya no espera, el abandono del verde, el silencio de las respuestas y el garabato de la queja ya enquistada, innecesaria.

Yo no conozco la puerta. A veces creo que está al norte y al caminar encuentro las paredes, mis propias paredes que me enfrentan con su mampostería de engaños, con su estructura de normas, con su argamasa de miedos.

Tal parece que estoy siendo impreciso: esto es más árido que desierto, está entreverado de caminos, sendas que nunca acaban, veredas sin destino. Otro monje ha cruzado con la vela y con el libro. Si intento, porque al andar vislumbro esa tenue luz titilando lejos, proseguir por alguna línea del laberinto infame, ¡ay! cómo descubro desfiladeros hondos. Manchado está su rumbo de accidentes turbios.

Me queda el dudoso consuelo de imaginarme amores. Las grietas de la casa dejan sombras que vienen como figuras negras y crecen con la noche para tomarme. Allá, en el llano, se reúnen los monjes alrededor del fuego. Todo es una mancha enorme e impalpable.

Observo regresar a la abadía al grupo de los monjes. Grito, pero ni el odio me ha llegado, sólo el vacío, esa vieja sensación de oquedad gigante que se enseñora de nosotros dejándonos la cáscara: apenas esa capa crujiente y desvalida. En la pared las huellas de aceite de las manos nos hablan de las lámparas, pero la piel está empecinada en vernos fenecer al fin del día, eternos de viejos, colgados de un calendario insoportable de arrugas ciertas.

LOS DEDOS

Crujen los dedos. El invierno es un viento irreverente apretando como una mano atascada. Y la llaga que se ha extendido por las paredes va trepando por el techo, se derrama entre la cama, toma posesión de mis huesos abrasando con su escaldadura los 237 resquicios que han dejado los poemas. Uno a uno enciendo todos los focos. Amarilla de tinta la luz mancha íntegramente los muebles. Hay sonidos por todas partes: una puerta que se cierra, un grifo de agua que chorrea. El edificio es un fantasma de ronco pulmón respirado por los otros departamentos.

Autómata sostengo en la palma el pequeño aparto de control de los equipos electrónicos. Busco con las yemas entre los botones. No. Es mejor dejar todo inactivo. La soledad no es algo que se oculta, está aquí y allá abierta entre mis dedos.

Ya debe ser tarde: la silla es ahora un incómodo artefacto bajo las adormecidas piernas. Tal vez llueve. Con el chasquido sobre los vidrios parecen duplicarse las caricias rotas. Y la noche que se ha derrumbado hundiendo su uña de ansiedades sobre la espesa castidad del fondo del estómago.

LAS VELAS

Estaba mi abuelo, cuan largo era, acostado sobre una camilla en la que se tendía una sábana blanca. Levantaba medio cuerpo y abría la boca (con esa mueca de anciano que yo le conocía tan bien) dolorido. Tomaba algo que estaba en un vaso (vaso que supongo existía, la verdad no lo recuerdo) y se colocaba una cafiaspirina (píldora de su costumbre) en la oreja como si estrujándola en el conducto auditivo se aliviara; pero su mano de viejo era torpe y temblaba y la dejaba caer. Agonizaba el abuelo una agonía de sueño, ahí fue que entonces (no estoy consciente por qué) alcé, con las manos extendidas hacia adelante, dos candelabros (de esos rústicos contruidos con lata), sucios por el saín de otras sesiones, con dos velas ya pequeñas y consumidas. Las mantenía, con los brazos semiabiertos, en dos niveles: a una de ellas, la del fuego firme, arriba; y a la otra, llamita débil que casi que se extinguía y alumbraba como chisporroteando, abajo, donde no podía dejar de mirarla, atento a su morir. Una tenue luz, que ahora desconozco de dónde venía, era la que apenas iluminaba todo de modo que las velas parecían brillar más, casi en lo oscuro. Al mismo tiempo creo que yo rezaba o balbuceaba entre mi miedo. En esto apareció mi padre, jocosos y medio que se reía (como siempre que me hablaba) diciendo "Ay!, este Gary, si con una es suficiente. Además, así lo exige el rito". La vela que mantenía baja se apagó, detuve la otra en la que ya notaba los últimos sudores de sebo de su retazo final y la erguí de frente. Entonces desperté.

ÉSTA NO ES UNA PROSA

Este no es un poema, tampoco es una prosa, ni un telegrama, ni nada que se asemeje. Me temo que vaya a conformarse con ser una tira más o menos corta de frases sueltas y carentes. Acaso sea la necesidad de llenar la página décima primera para ser admitido entre los que irán, por la gracia de la fundación, editados a costa de otros bolsillos. Miren, si no sé ni lo que hago, he comenzado una serie de explicaciones donde no es menester ninguna. Podría (claro que no percibo si basta) describir la última caricia erótica recibida en el viejo banco de una estación de trenes a través de un fugaz sueño la mañana anterior. Decir: pezón que llueve, al calor de un inconcluso poema en prosa. Contar, como hace un inteligente responsable de almacenes, una a una las quién sabe cuántas gradas que suben desde el recibidor hasta la terraza del edificio de comunicaciones o construir (un arte muy de moda) una estrafalaria figura con letras que parezca la del exótico cartel de "País en Venta". Podría (me sabe a que ya lo he afirmado) intentar otras artes, pero bien parece que no puedo. La grieta que hay destinada para mí en algún lugar está, contra mis arrebatos, segura y muy cerrada. Así, no saldrán jamás (como bocanada de voces, imagino) los terribles textos nuevos. Aquéllos que traerían, por la influencia que causan los vecinos, la suficiente dosis de aire necesario para que lo que ahora escribo no sea lo que en realidad ya es: un torpe atolladero de palabras reunidas con mala calidad e impreciso sentido. Después de todo también el escribir es además de oficio antiguo uno que puede practicar aquél que con buen o mal estilo aprendió a caligrafiar la muy famosa: "mi mamá (en vez de madre que aquí suena de muy mal gusto) me mima".

LIBRE ALBEDRÍO

Cómo escribir un poema sin saber siquiera cuál será su sentido o de qué elementos, palabras o tropos quedará compuesto su cuerpo de cálido viento. Cómo marcarlo de frases para entonces después encenderle la llama de su alma de verbos, y verlo ya en camino descubriendo su mundo de voz y figuras. Desherrarlo y permitir que tropiece con un musgo de húmeda breña o que de repente espante, doblando la curva que da algún valle, una bandada de pájaros como graneando amelgares. Y en el bochorno de la tarde afiebrado de amores abarque (con el borde impreso de sus prestadas letras) otras escritas texturas, reventar la tensa cuerda que la razón tañe y girar alucinado entre raras sintaxis quebradas.

[de] Errores Compartidos
1995

Ediciones Club del Café y del Ajenjo | La Paz

VIEJO POETA

El verbo que todo origina
y todo lo apaga
un día estará escrito sobre el báculo

entonces
seremos semejantes a las aguas
que moran como gesto del poema
escindidas
en el centro del mar rojo:

una enorme herida azul
uniendo las dos orillas del desierto.

EL ARRODILLADO

Arrodillado
retorno a mis orígenes
al universo de la escasez:

la mano
la caricia de la lanza
la estampida de los búfalos oscureciendo el horizonte

y al sosegar el polvo
los dioses olvidados en las húmedas cavernas.

Sobre la piedra
el contorno del bosque
honra la máscara
y la madera
morada germinal del fuego.

Los ritos de los cuerpos
regresan su siglo de gritos a los vientres
las lenguas
retroceden la llanura de Babel
un silencio inocente
es el respiro de la aurora.

Pero
dónde estás
descalza
a la orilla de qué lenguaje
la línea que lleva desde el instante hasta el principio
traza la marca de tu ausencia.

O eres a los dedos como a la mañana
un signo apenas
una inmensa interjección alucinada.

Mujer o reino
agua que está detrás de todos los deseos
profundidad de pozo

nadie.

Y si te nombran
y yo aún arrodillado
y tú todavía me esperas
vestida con todas las niñas que fuiste
pasado el umbral
abiertos los brazos

cuando todo se haya dado
y traigan para mí
la túnica de la muerte.

Los soldados de Minos han entregado las lanzas
y la tierra se ha cubierto de frases
uno tras otro los verbos han sido separados.
Está inmóvil la caballería
los estandartes apilados
sobre el lienzo ya no quedan colorantes
y el negro garabatea las figuras.
Esto me viene desde el tacto
cuando tu líquido amado se agita
y sé que lloras
la impotencia de los cuadros.

Las salamandras
detrás de las cortinas
te dicen los hechos de los nómadas
sus arrogantes camellos
la arena multiplicada
y bajo la tienda
la húmeda cúpula de los amantes
nada es cierto
Dánae
sólo las sombras
que en el fuego traen.

Por el crepúsculo se reconoce el horizonte
Una muerte más
¡procede!
la acción será completa
la obra inconclusa.

**[de] Desde el otro lado del oscuro
espejo**
1995

Editorial Acción | La Paz

Benedicidnos
sombras imperturbables
viajeros del muro y de la noche
nosotros también peregrinamos hacia el seno
interior y negro del olvido.

II

Una tristeza marina nos abarca
algo como el canto del agua incalculable
sumergido por múltiples que soy yo mismo
desde la escena invisible de las velas.

Al final del pasillo oran / llantos
viejas monotonías
lúdicas
el signo de lo horizontal y vertical ha sido marcado
¿es éste un camino?
¿postas?

Un miedo singular flota desde los vértices cuando desgrano.
Exento estoy de dar cuentas. La noche / el día / descuidos del
eterno crepúsculo que nos cubre y nos amaneca como auroras.

Nosotros aparecemos cuando los ritos pronuncian sus letanías
manos y cejas se levantan / murmuran

nada es familiar
la experiencia es cosa de los cuerpos
aquí debo iterativamente pasar
sólo el lenguaje se urde / desata
infinito
sin destinatario.

La llama de las velas dice su luz amarilla
lágrima que nace del sebo / elemento / sacramentalidad de la
ausencia.

En las capillas se repiten nombres que desconozco y que hablan
de lo nebuloso. Del no soy. Identidad convertida en papel
enmantecado / envoltorio de desecho.

Oíd sus nominaciones [rosarios de vacío]:

misterio 1 / misa de sábado
misterio 2 / nueve días
liturgia / libro incomprendido
misterio 3 / digan los muertos.

V

Los senos no se guardan más blancos bajo el luto.

Una procesión de uniformadas de negro
el sin color de los dolores
transita
oscura
internándose a la noche continua de las horas.

El duelo es la carencia intempestiva del espacio. Una columna vacía.

De repente estoy al centro de interminables bancales
la semilla se ha hundido en los surcos
y la tarde viene para amelgar entre las miradas / un aroma de
hojas tiernas.

Pero los ojos siguen tristes
imaginan rostros que ya no tenemos
y dicen nombres olvidados
identidades secas
virtudes inventadas. Ausencias.

De negro / los trapos disfrazan los cuerpos
transitorias formas del deseo
y las manos que se tocan
los amores
la otra cara de los lutos
aún se transcurre
y el agua del grifo gotea hasta saciarse.

Todas las prendas se tiñen de oscuro raso:

la hora, el ajuar, la tarde y los muertos

sólo nosotros
retornamos silentes
de los surcos

sólo nosotros deshonramos el rito.

IX

Es el miedo la túnica de los ceremoniales.
Antiguos trapos.
Gargantas devoradas. Frías paredes de piedra.

Las cúpulas
buhos sagrados de inescrutables ojos
se abren
sobre las cabezas de los creyentes.

Monjes / quizás de rodillas / oran
repiten versos
y salmos
aprendidos de los desiertos
ninguno recuerda ya el camello ni la aurora
borrados están los cielos y el horizonte con que se crearon
sólo las palabras
trasegadas de otras lenguas
vienen a posar sus aves flacas
en los hombros reverentes. Más allá de las pupilas extasiadas.
Más allá
del persistente / murmurar
arrastrando los temores

siglo tras siglo

elevad los ruegos por los muertos
hay consuelo en las preces / dicen

lenguajes atorados
de las iglesias
nosotros ignoramos el eco
desconocemos la virtud de sus lágrimas

adelante
los altares guardan
actos
órdenes establecidos en memoria de la sangre
piedad de los difuntos.

Por el olor de las maderas
trabajadas
el bosque trae
los chillidos propios del reino de los animales
y el rito verde del follaje.

Un velo morado
hoguera mágica de todos los milenios
recupera
desde la tarde
nuestros desparramados nosotros

entregados
en los promontorios
ara de los sacrificios.

Desde allí
regresados a la fúnebre liturgia de la noche
trascendemos los territorios
presencias
un ir y llegar entre las sombras

indiferentes a los sacerdotes
anidados en la grieta
agujeros también / vértigos innumerables del asombro.

**[de] Cantos desde un campo de
mieses
2001**

Fondo Editorial Gobierno Municipal | Santa Cruz de la Sierra

II

Hincado sobre las laderas
veo a los tuyos
me veo, Amanecida
y el silencio es una lámina
la radiografía del pulmón perforado
por el que aún respiras
las angustias
como en febrero cuando las torrenteras revientan
y se llevan la ciudad entre la mazamorra
brutal
de las mentiras
y las tejas
junto a las paredes de las casas
arrebataadas por el ritmo de las caderas
cuerpo contra cuerpo
espasmo tras espasmo
hijo contra hijo
y tú sin suceder, Amanecida.

Después escarbo
con una pequeña rama sobre el limo de la historia
por debajo del barro
donde se encuentran dos ojos limpios como niños
y allí estás
otra vez
gestual
enraizada.
Quisieras la profundidad
hundirte dentro de ese abismo
pero todavía gotea
y los cauces que ha encontrado la lluvia
se ven por todas partes
entonces las vertientes de la montaña son una mano venero
presta a tomar la cumbre
crispada
guardando el sexo interior de la tierra.

Toda la circunferencia
gira con las manos apretadas
y los hombres derramamos santo alcohol sobre los surcos
a ver si al fin te levantas, Amanecida
brotando entre las peñas
del vientre de las aguas
desde la boca verde y abierta de las selvas
ver tu forma brotar, Amanecida
en la nieve singular
en los lagos misteriosos de sal, Amanecida.

"Despierta, Daher"
grita el tabernero
mientras golpea las sillas de madera sobre las mesas
entonces veo en las aceras
el amanecer de la cara de los viejos
apretada de arrugas como cañadones
en un solo viento que contiene
los mudos accidentes
todas las geografías
una mancha solar
un espejo en el monte
y ya no queda ni la escondida memoria
de la ciudad que se habría derrumbado
como un vértigo entre la noche
de la que nadie sabe nada
sino que pregunten
aquí o allá
en todas las encuestas.

Ahora ya no se ve
pero las puertas de mis amigos están marcadas
de sangre.
En las calles toneladas de acero
no han podido ser borradas
ni con los detergentes de los demócratas
que han bombardeado dineros
para marcar las paredes
unas detrás de otras
cubriendo las páginas de los diarios
y el universo de las pantallas multicolores.
Arcas e infamia
destinadas a cegar todas las bocas.

Aquí que silente una procesión
se levanta entre las tumbas
debajo de los catres
de adentro de los roperos.
Vestidos de adultos
todos llevan copas
han construido una sed de siglos
que no se calmará ni con los ríos
del Amazonas
reproducidos en los cielos estrellados del altiplano.
Las aguas tienen ruidos
y peces y colores
suben las secretas cachuelas
trepando desde la íntima jungla
hasta la cordillera infinita
que es como el país sumergido
visto desde las nubes
lugar donde moramos
porque nuestro es el aire
devuélvannos el aire
para respirar hasta que las carcajadas revienten
y echemos a reír la suerte
y te reconozcamos al fin
Amanecida
alma nuestra
emergiendo desde todos los rincones
como una inmensa marejada.

IV

Este laberinto de calles
puerta tras puerta
pared tras pared
es el imperio de la soledad
las cicatrices de las ciudades que han construido
sobre tus espaldas, Amanecida.

En ellas el universo de lo sutil
parece haberse cerrado
excepto la noche
que como ya se sabe
es el espíritu de la lluvia
que nos trae su líquida frescura
la frontera donde danzan
lo oscuro y lo húmedo
penetrando
entre los cuerpos.

Los hombres han devorado aceras
haciéndose uno con el frío
que se adhiere a toda la planta de los pies
uno, dos
trepando hacia la plaza Pérez
para morir una vez más
entre los sorbos de los alcoholes
y el calor de una mujer
abandonada.

En esta realidad
hemos pintarrajeando
los muros
llenándola de palabras
y frases atrevidas
ocultando tu nombre, Amanecida
entre los gritos de los ladrillos.

Pasando y pasando.

Aturdidos en medio de un bosque de palmeras
por la rotonda del Cristo
mientras en las villas
la miseria se oculta entre las barracas
tras las íntimas coyunturas de las hembras
y la saliva de los machos
ebrios
desafortunados
olvidados de atender a la respiración de la selva
ese interminable mar interior de los sueños
¿Dónde los enterramos?

¿Quién los recuperará de la memoria
que hemos desparramado sobre la tierra?

Los muertos, Amanecida
nos miran desde sus huesos
vienen a pedir cuentas
y nosotros perdidos
bestias hacinadas
jadeando y jadeando,
pobres como arena
o enfermos
protegiendo dos o tres dineros
sobornados hasta en el aguijón del amor
caldeados
como una tarde sin viento
en la inmensa llanura del mal,
Amanecida.

Porque el carnaval, Amanecida
no ha sido abierto como se debe.
Sin liturgia
solamente queda el corso
la burla, Amanecida.

Cuando lo que se necesita
es embadurnarnos de aceites perfumados
ir a tu encuentro desnudos
bailando
en tu homenaje
golpeando con los pies la tierra que te pertenece
abrazando con las manos el cielo que te pertenece
la luz
el sonido
y las pieles de los otros
que son tus propias pieles
mujer y demonio
una sola voz, Amanecida
tu presencia
y la enorme vastedad
de los cantos
donde te encuentro por fin, Amanecida
diosa y virgen
presta para ser amada
entre el último silencio que nos da la historia
y el bellissimo y vital
suelo en el que se irán a sembrar
las mieses
el amplio hogar
y la piedra singular de nuestras voces.

Ay, si sólo se pudiera
unir dos mil
cargados de pesadas cimitarras
prestos a degollar
(por aquí y por allá abundan los vulgares reyezuelos).

Oírlos venir con una señal
la marca de la risa
reír hasta vomitar
una y otra vez
desquiciados
por el espanto de la tristeza.

Las raíces de las viejas civilizaciones
se estremecen con quinientos
uno tras otro
sólo un puñado
todos a la vez
ciegos a la luz del mundo pagano
iluminados del ojo interior
penetrar con nuestros cuerpos desnudos
el universo superior de tu templo

para al fin nombrarte
en un solo y furioso trueno
lanzado hacia todas las edades que vendrán
bautizada en cada una de las pupilas de nuestros nidos
en cada uno de nuestros actos de amor y de muerte
y en todos nuestros misterios
el llanto y las aflicciones
los aleluyas y las victorias, bendita
siempre bendita
en toda tu mágica distancia
ay, Amanecida.

[de] Oruga Interior
2006

Plural editores | La Paz

En la fuente huyes
pero ruedas sin pausa
pececillo gris.

EL LENGUAJE ME LIMITA

El lenguaje me limita. Ahora que es yegua tensa entre mis bridas, mucho más que antes cuando era dispersión, pasión sin verbo. Cuál es la puerta de su paraíso de voces donde al pronunciar tu nombre aparecerías, mujer necesaria, vestida con todas las niñas que fuiste, a mi encuentro, definitiva y total como la noche.

EL ENGENDRO

Las palabras son inútiles

sólo la música penetra:
taladra, corta y araña
buscando el oprimido
centro proscrito.

El grande guarda para sí las sinfonías
en el cuerpo que torpemente se bambolea
desenfrenado
bebe de un solo sorbo el ácido muriático
para seguir una agonía interminable
donde las entrañas se deshacen.

Y entre los gritos esparce
torpe el alma
una o dos frases valederas.
No le pertenecen
son los extravíos del demonio interior
llamando.

Después alguien dice: es poesía
de reata alguien lo consagra
muy tarde
duda sin duda
cuando el cuerpo y el engendro ya partieron
como todos
hacia el oscuro universo del olvido.

LA FRUTA

Si para un hombre
lo alto
lo más deseado
pertenece al jardín de lo prohibido
entonces se levanta el límite
y son como un abismo misterioso
la sal
los sabores básicos
los desnudos ojos que añoramos.

Mas la fruta muere si se toca
y la fruta mata si nos nutre.

DESDE LAS AGUAS

Tu soberbia es un viento seco sobre las torres
ululando a través de cornos de cobre
chirriando sierra sobre acero.

Porque en tu espíritu mora la bestia
hambrienta
animal que cuanto más devora
menos se sacia
de complejas herejías y ciencias fracasadas.
A tu aullido
el ángel enmudece
y la puerta se cierra.
Estás confinado a la soledad
única esfera de tu infierno de silencio y nieve.

Porque tu soberbia es como algodón
insuficiente para las heridas
como el sabor de una fruta cerril de escarpada brecha
que deja la boca amarga y vieja
y es marca dura
inscrita en tu carne para purgar.

Mientras en el paraíso todo es color
y música sabia
agua que corre saciando mucha sed
a orillas de la cual
nacen de los árboles
seres de rutilante hermosura y ojos de amor
y manos piadosas.

Desde allí se te ve
enlazar los dedos
cerrar el cuerpo contrito
pero así rechaza el ángel tus oraciones:

Tú dices: una señal;
y mil y una estrellas fenecen.
Tú dices: dadme bendiciones;
y un rayo fatal parte la mitad de tu reino.
Tú pides conciencia;
y una luna mal encarada se precipita sobre tus valles
que amanecen desiertos manchados
en la agrietada superficie de esa luna.
Tú dices: protegedme
y tu rebaño cae sangrando mientras la noche no se levanta
y los gallos mueren apretados buscando salvar todas las
barrancas.

Pero aún persistes
y guardas tu nueva soberbia
en el vaso de la paciencia destilada
- como flor que crees extraída de algún sueño -
declarando protegerlo para que el hombre
siga cruzando
la llanura del mal: aterido, abandonado, alucinando
sin saber dónde apoyar
el podrido bastón de la mentida sapiencia
que una impostora
biblioteca circular ha presentido.

Así te alejas
sordo al huracán que es tu Dios llamando en vano.
Y el sol que no se calla
y la madera que cruje
del arca hecha a puro brazo
esperando un diluvio que no llegará jamás
- ya ves como agobia el cielo seco -
Y la arena
que es el tiempo como juez
desgastándote arruga tras arruga
cabello, cejas, dientes
los ojos nublados
y la figura quebrada
regresando al polvo como un grano más
en la infinita planicie de los muertos.

LA CIUDAD DESEADA

Yo sé que esa ciudad existe.
doblada como almeja
sobre su goce dorado y carmesí
en el secreto vientre de la selva.

Ahora mismo
acaso sobre la pulida superficie
de su muro sur
un atareado escorpión busque su nido.
El mismo terrible animal interior
presa deseada
para la tela de araña
que voy tejiendo.

Yo sé que esa ciudad existe
la tarde está hecha de sus presencias.
Contra la ventana el sol es también una pared de oro
donde no importa adivinar la calle
su barro provincial cruzando de puerta a puerta.

¿Pero quién?
¿Quiénes me tendrán fe?
Un hombre soy
en esta habitación
en este marzo del año uno
un hombre escindido por la enfermedad de las palabras.

Yo sé que esa ciudad existe.
deslumbrante y vital
como una mujer que espera a su adolescente.

Y esa ciudad
será el ojo esplendoroso
que surgirá en el horizonte
cuando se extinga la luz
cuando esta tarde sea
apenas unos trazos en el papel
tiempo final de la cacería
en que el escorpión caerá en mis hilos
atrapado.

Lleno al fin de su precioso veneno
huiré hacia la noche
donde se cierra y abre el silencio
uno con las tinieblas
sátiro
para que nadie recuerde que fui
semejante a todos
carente
vapor a la deriva
con los estertores del humo extinguiéndose en el agua
un poco hundido
como en naufragio.

[de] Territorios de Guerra
2007

Editorial Gente Común | La Paz

ALGO QUE EN TI SE CALLA

Atragantada la palabra
es un río turbio
que aprieto como tu cuerpo
para saciar mi sed
de manos que se abarcan.

Mientras todo poema pierde el compás cuando mis dedos
tocan
bajo tu blusa
la espiga abierta que también es tu tibia espalda
cuando me miras y tus iris cantan
y nace algo en mí que en ti se calla
como una muerte que al final se queda
a marcar tu frente
tu piel que se confunde con la noche
y se bebe
sin parar
entre los dientes.

CONFESIÓN

Danzando sobre las mesas
la conocí en una bodega de la calle Goitia
y desde entonces su luz
espada implacable
asesina mis años
y no es culpable el negro tigre
que es la noche que la acecha
mientras la mañana vive en sus labios
y en sus pupilas
los rayos de la tarde
ámbar transparente.

Cuando supe su nombre
lo pronuncié con devoción:
ruda ceremonia para invocar su espíritu
en el desierto de mis días.
Y recordé cada hora su mirada
hecha de lluvia
pero las dunas nos matan
y el sol implacable que no calla.
¿A dónde la han llevado los vientos?
pregunto a los hombres.
Nadie responde
todos siguen el rodar de los dados.

¿Ha partido hacia jardines copiosos?
Exhorto
pero su espalda desaparece entre las pilastras del tiempo.

Yo sé que su boca abre
un dulce pozo de agua
y sus manos son pájaros
y su vientre
un prohibido futuro.

En los ríos del norte
los árboles guardan toda la oscuridad del mundo.
Su cabellera es como esas travesías.

En el sur una vegetación boscosa de alerces y canelos
musgos y líquenes
se extiende hacia los helados senderos.
Sus ojos reflejan ese arco iris.

Desde los Azanaques se advierte el altiplano
enorme.
Indomable se demora por doquier la yareta.
Su alma es amplia como esos valles.

Y al oriente
al oriente el sol semejante a un mar de oro.
Toda joya se alumbra con su sonrisa.

He callado tanto tiempo esta búsqueda.
La carga pesa
las ruedas suplican.

En la bodega de la calle Goitia:
sólo vino

martirio del que canta
si profesa el credo de amar.

Mas
óyeme bien
y guarda las palabras
pues impuro soy
y quedaré mudo.

BALLENA BLANCA

Y aquel descenso hasta la noche púrpura
donde el ojo amarillo y feroz
que mora el alma
espera y muerde y escudriña
con punta filosa
incesante

-¿dónde estás?-
pronuncia la angustiosa voz

no la voz estentórea de la vida
en mis celosos pulmones
sino el viento
viento de fuego
del interior que no cesa
en las cavernas del lenguaje.

¿Dónde estoy yo mismo?
en qué espacio de mi cuerpo
agitada, olvidada, vendida
hay una pequeña avalancha de delicadas piedras
y el agua las baña con su aliento.

Así
desencontrado
-¿dónde vas?-
digo de pronto

niña vital
musa de par en par cubierta
flor
ajena a todo tiempo

y yo que esperé en vez de entrar
su líquida presencia
su cuerpo inmaculado y descalzo.

¿Fuiste tú aquella breve lluvia?

nada
solamente quedó
el ácido severo del amor cotidiano
que nos amarra a los días:
y nos refiere demandas
dinero, arroz, zapatillas sirias

y aquella otra mujer
fugaz acaso
mujer de sombra
al acecho de mis actos
no de mi ternura.

¿Es éste el modo del camino:
obeso, viejo, aposentado
gente común como todo el mundo?

Yo
que un día soñé destruir la roca de Sísifo
sigo empujándola en busca de la cresta
mientras el mar se agita
lidio en la tierra térrea
en que se enciende
la palabra: esa impostora
el dudoso deleite de la intemperancia
el horror de la cara ante el espejo
y el sudor del trabajo y la vicisitud del desempleo:
moneda corriente del infierno

actor, actor, actor
todo en vano
aguacero y silencio
furia y destino
como una ballena blanca imposible de cazar
he regresado al crepúsculo
inopinado
traslúcido
inaprensible del hombre de cualquier edad.

Y mientras tejo las horas
con obras mortales
humanas
persigo todavía entre las hojas
esa huella
la tímida huella de la íntima hermosa
-no existe mejor razón que la belleza.
entonces salgo a las calles
soberana la luna
para que turbio de alcohol
finja el ánimo valiente
y al fin
última copa
trastabillando entre la mesas
pregunte vanamente al tabernero
(deslumbrante ya la luz
que se rompe sobre la alta claraboya)
si ese rayo que mata
fantasma diáfano
es solamente la mañana
cruel como elegante matrona
cegadora, repetida, atroz

y no mi dama.

¿DÓNDE ESTÁS, DESCALZA?

A Juan Ramón Jiménez

Acaso no sea el destino
sino los hierros de la edad
el universo cerval de viejos miedos
los que se niegan
con austeros brazos
a rasgar la puerta

la puerta que guarda
el agua de ojos profundos
los secretos besos de las manos
y tu boca
pozo de amor y vértigo de oración
de aquel templo hondamente rosado.

Quién eres
descalza
en qué lugar de tu cuerpo
respira la intensa fuente de tu alma resucitada
el brebaje dócil de tu voz
diciendo quiero.

Cuál la cifra de tu nombre.
Dónde la muerte te encubre.

Por qué no vienes
como debiese llegar la primavera
tras el primer deshielo
robar
sencilla albahaca
el aroma profundo que descubre
los encendidos botones de tus senos.

Venme con tu aliento: húmedos pinos
venme que se ahogan las horas
junto al lecho vacío

roto el crepúsculo
beberás conmigo
y saldrá en cuerpo el jaguar
de tanta ternura contenida.

Oh! Brazos
quebrad de una certera vez
la recia puerta
quebradla
y dejad ingresar como la lluvia
la nota más blanca

la clara y luminosa nota
de esa vida
que ya he olvidado cómo era
¡Dios mío: cómo era
cómo era!

LEONES ENCENDIDOS

*A flor que és, não a que dás, eu quero.
Porque me negas o que te não peço?*

Ricardo Reis (Fernando Pessoa)

¿Qué es lo que hace hermosa a una mujer?
Su fragancia -dirán
el garbo elegante
esa luz matutina
un gesto inesperado
algo que raya en lo erótico sin dejar de ser inocente

Tantos argumentos para señalar al rayo.

Y en medio de aquellas
la núbil
“hálito de hojas tras la lluvia”
escribí en un anacrónico poema.

¿Cómo se dice a través de los versos
a una moza temprana
que se la desea? –no es amor ese grito áspero-:

(tus manos guardan las caricias de las ciegas
y en la sangre de virgen
vino de fuego y lengua sagrada de Orga).

Tal si fuese un trovador medieval
“Apacigua mis leones”
gritaba
porque yo quería que cante
que diga esos versos portugueses
“-tono hipnótico tu cuello
adivinada entrega tus caderas-“
garabateaba para informar que era bella.

Y la imaginaba –acaso por su nombre-
un profeta bíblico
capaz de apaciguar a mis leones.

Pero
¿qué son mis leones
si no esta enfermedad
por desear lo nuevo
lo puro
lo inteligente
el alma de una poeta
en el espigado cuerpo
de una novísima hembra posmoderna
desarreglada como al descuido
pero cuidando su traje
y sus labios bien pintados.

La flor que eres, no la que das, quiero.
Afirmaba
parafraseando a Pessoa
a sabiendas que no es ella
a sabiendas que la descalza
será otro tipo de historia
y que las mujeres deslumbrantes
desaparecen

cuando el trono de la dama
-esa que nos diste en el antiguo paraíso –dirá Gonzalo Rojas
ocupa todo su espacio
y mis leones desaparecen
entre sus brazos.

A LAS PUERTAS

*Para una mujer que asciende
en paracaídas*

Dudo cuando te llamo
por el teléfono celular
–qué nombre espantoso
para tan bella intimidad-
y escucho tu voz con voz neutral
en el temblor de la noche
a tientas busco decir te quiero
a tientas yerro y a tientas aguardo
porque tu tono calla
y hay una timidez de acero.

Entre la niebla de las horas
estás sentada frente al tiempo
con una indiferencia de diosa
y mi ejército de héroes esperando
matar y morir entre tus brazos.

EN EL TIEMPO DEL FUEGO

*Para una mujer que se precipita
sin paracaídas*

Mi amada es esta mujer muy amada
y en cada profundidad de sus accidentes
descubro
los regalos
los obsequios
y las secretas frutas de la noche.

Ahora mismo viaja
y su peregrinar es hacia su templo
quiero decir mi pecho
heroico y feroz
maduro de guerras

aquí la muerte anida el espacio de su boca
aquí la ciencia muerde el árbol
y la aurora
incendiaria de este nuevo día
que lleva el fénix en las alas.

Los astros son astillas de fuego de esta fragua
y el universo salta en pedazos
ante el yunque de su cielo.

Esta es la mujer
-aún conserva la cortina de seda-
descalza viene
diosa de octubre
y toda mi armadura
se oxidará
abandonada entre las peñas.

La llamo
-y acaso no importa
que se use la voz de la tecnología-
con mensajes de texto
y alquimia de brujo
todo está permitido
para tomar su alma
y su aliento

perderme

tic tac
 tic tac

en sus relojes

yo que pensé era algo malo
ahora vivo en el tiempo.

MAGIA CONSTANTE

Yo te llevo en el cuerpo como memoria
si no
que declaren mis adentros
cuando te abrazo
y la tierra canta
porque sé de un calor de nido
que nace de tu centro

murmurando
el alegre revolotear
de nuestro cosquilleo
que como pájaro casual
se posa
sobre los secretos
que llevamos en las manos.

Y luego ya dentro de las presurosas avenidas
a medio construir
de esta ciudad devoradora
al rumbo preciso de los autobuses
apretado entre la gente
pienso en estos pequeños adioses
hechos de voces cotidianas
preparados a sufrir
el destino
menor de las hormigas
pero no encuentro entre los letreros de las vías
la ruta a seguir entre tus ojos.

Aunque te llamo al celular
y éste permanece mudo
por órdenes del capataz
de tu remunerado cautiverio
hay en ese acto un signo
que no sé definir
porque te busco

como el ciego que sabe que la calle
es un lugar atroz
y aún confía
en que cruzará hasta la otra acera
cuando sienta que el semáforo ilumina
su extraña luz en verde
porque ha oído detenerse el tráfico
que ronronea los motores
impaciente por partir
nadie sabe a dónde
y nadie sabe cuándo.

Y si todo nos dice
que estos pequeños hechos son intrascendentes
quiero creer que son el reflejo
de algo así como pases mágicos
que un ángel anónimo recita

y que en esta magia consiste
el saber que nos deslizamos
como las falenas
ignorantes
en su efímero volar
de que son hermosas

cuando a la tarde se cobijan
de la noche entre las hojas
y hacen presentir
todas nuestras cosas.

Anti Ars Poética

JARDÍN DE LAS CALLES

Camino por esta ciudad indolente
bolsa plana de plástico marca leche Pil
y sus calles alumbradas
botella vacía de polietileno
sobre saco donde han reunido las hojas secas
en busca de la edición matutina del diario
y cada casa una alforja negra de basura

hay pequeños papeles de envoltorios
hay cajas de fósforos que han olvidado el fuego
hay hilos invisibles y agujas sin norte en las esquinas

luego
con el diario ya comprado
a cinco bolivianos redondos
me dirijo hasta la oficina de teléfonos
-no queda crédito en el celular-
y pateo sin querer la lata de cerveza
que va rodando sin destino
hasta el borde del jardín de la Avenida.

Después te llamo
y a ninguno importa
si me amas o te burlas
de este amor cotidiano.

hay palitos de helados con memoria de bocas ávidas

y como el sol
señora implacable
no perdona
me asombro en el refugio de los altos árboles
que han resignado su destino al adorno de los parques
donde moran impacientes
millones de insectos y seres inimaginables
presto a tomar la ciudad
por asalto
cuando la basura sea antigua
y nadie venga a alimentar su extraña evocación de héroes
fracasados.

CAMINO A SAMARCANDA

Soy el ángel gris que aparece en tus sueños
el mago negro
con el casco en la espalda
como un caracol cuya baba
es la única huella de su camino a Samarcanda

esto sucede cuando duermes
y yo insisto en jugar juegos de guerra
en la máquina inmoral de aqueste siglo

y luego si despiertas
busco el centro de tu talle
la perfecta crucifixión que hace tu ombligo
y bebo sin parar de aquel veneno
de tus pechos -cielo de serpientes-
que muero por poseer
entre el avispero
de tu boca
y la curva celestial de tu áfrica dorada

pero ninguna pesadilla ya te causa pavor
ni te intimida

mi cuerpo
libre del hueso que lo cubría
como la oruga expuesta
no tiene futuro de mariposa
y morirá
-no lo quiera el buda-
secándose en la hoja de la mora
derramándose en saliva
muy lejos de la seda.

[de] Viaje de Narciso
2009

Plural editores | La Paz

¿Dices
qué es un poema
si no la conciencia de las cosas?

SENDA ELEMENTAL

Sé que hay un sendero de recónditas piedras
por él asciendo hacia la fuente de aguas
al jardín secreto

ya no hay dolor
pero el aire está cargado de silencios.

En algún lugar del cielo se produce un refocilo
tiemblo
huele a pan
y hay sonido de campanas.

De repente siento miedo
un miedo ancestral
al centro de las cosas
como ocurre dentro de los cementerios nuevos
de tumbas abiertas
de tierra removida
de muertos por llegar
uno a uno desde los pueblos.

NARCISO

En la superficie del agua miro
subir a un ángel de violenta luz

en él me espero.

¡Ay!
las hojas del otoño flotan
me separan.

Ya voy
extraño compañero.

LA MARAVILLA

Cargados vivimos
de las duras jornadas
y de su incesante transcurrir entre las lluvias.

Quizás por eso no reparamos
que todo trabajo del sol
guarda misterio.

Hay una hora sí
en que las sombras
cruzan inevitables por la cara

esto en nosotros
(cuando no produce un gran desasosiego)
causa una inquietud
una turbación
luciérnaga
que bramara con su luz
en la carne viva

y su vuelo mínimo
se traduce en mis latidos
creciendo sin cesar dentro del pecho

hay algo más allá
–susurro–
de todo lo que miro

nada concreto
más bien una sensación
semejante a los silencios que preceden
a las noticias terribles
o una carta poderosa
justo al momento
en que la estamos por abrir.

El hecho es que flota
como una música escondida
o un incendio por nacer
entre las ramas secas de la casa.

Si algo se puede decir
se diría que se insinúa
en el aire de las ventanas.

Acaso sea por este motivo
que cuando cierro los párpados
y abro los ojos de mi alma
advierto una oscura intensidad
de dioses y de vientos

estallidos incomprensibles
tan cerca.

¿Por qué no pertenezco
a su adentro?
¿Por qué no soy
más que una mirada?

CELAJE

Como nube llega la vida

-ya se sabe que la lluvia no es voluntad del celaje
sino del encuentro con el frío-

entonces el viento nos arrastra
para llover una temporada sobre la tierra

aunque no tenemos claridad
sobre la naturaleza de los valles regados
y no sabemos
a la hora copiosa
qué hogares inundamos
ni hay entendimiento
de por qué cruzamos displicentes
secas lejanías
lo ardiente de tantas tierras
sedientas de nuestras gotas.

Una cometa de papel
roja y melodiosa subió
escapando de las febles manos de un niño
-y era admirable la hermosa cola de cintas color de oro.
¿Por qué puede importar a la nube
un artefacto tan precario?

Así
el vasto continente
efemérides de mil accidentes geográficos
es el escenario de los días

y mientras nos deshacemos

-duele esta condensación permanente
y es este dolor nuestra severa compañía
este sangrado de agua-

llega la noche helada
y en ella nos perdemos
-todavía hay los que sueñan
fuera tersa nieve
sobre la adusta montaña.

CARTA AL PADRE

En la casa
los objetos huelen a excremento
de este modo
quién querrá quedarse.

Y si uno persistiera
vería con gran incomodidad
que los muebles están fuera de lugar
deshechos y pesados
las ventanas tapiadas
y la misma puerta desvencijada
impeliendo a salir en vez de entrar
pues la casa es un lugar de naufragio.

De ahí los grandes esfuerzos que se hacen
por quedarse a velar dentro de la casa
impertérrito
mientras las aves vuelan en el cielo
la hierba crece en el vergel
y la lluvia no deja de regar con su aliento de agua.

Por eso te escribo
para revelarte que poco a poco
voy limpiando de inmundicia
nuestra casa
a ver si así un día
-pienso también en el jardín
y en las semillas que sembraste-
habrá de estar dispuesta
engalanada y primorosa
con su alfombra persa
y su alcoba depurada
donde el incienso arda hermoso
y las rosas se abran rojas
esperando tu regreso
iluminado –lo sé bien-
por la bella disposición
que irán a tomar todas nuestras cosas.

SOLDADO DE MARRAKECH

Golpeado
mis ropas trasminan olores
y el aliento guarda el tufo de la dura batalla.

Cerca
el fragor aun sostiene
los últimos rayos del prolongado día.

Ahora
a tuestas y lastimado
busco el inútil reposo
de la sombra de las piedras

mientras en el costado laten
la herida y las hierbas
como si curar se pudiese
lo que adentro aun persiste
como fuego y como daño.

Un poco de agua es suficiente
pues al igual que en las fiebres
los enemigos tienen mi cara
y la cantidad de repente crece.

Nada digo
en silencio me preparo
cuando tranquilo el corazón
esgrima
nuevamente
la violenta espada
pensando en mi dama
(la de los velos sagrados)
muerto sea yo
degollando las impuras cabezas
de ojos sorprendidos.

Sostenida es la guerra santa
en las Navas de Tolosa.

NOTICIAS DE LA CIUDAD AVASALLADA

La ciudad
(esta desdichada ciudad)
sometida durante décadas
bajo dispendio de los epicúreos
hoy se encuentra asediada.

Son las blancas huestes que retornan
con sus águilas doradas
gallardas
insignia brillante.

Vienen
áscares soberbios
aunque dóciles rumian la guerra
al comando de su Señor
de regreso de las cruzadas.

A través de los hierros
observamos
cómo
desde los torreones
se despeñan los enemigos.

Un tumulto se ha apretado detrás de las puertas.
Nosotras
prisioneras en las mazmorras
vejadas
lastimadas
esperamos.

A pesar de la sed
con parte del agua de ración
limpiamos las duras piedras
del calabozo
fuertemente cerrado
(hay difíciles carceleros por todas partes).

La única señal son los tambores
azuzando

estremeciendo la tierra
y al horrisono en nuestras sienas.

El griterío es un fragor
y la ciudad ya tiembla
como niña esperanzada
mientras su cuerpo de meretriz no sabe
que acaso
sólo en el crepúsculo callen
cuando al fin se pierda
y se gane la batalla.

ESPEJOS

En el espejo
las arrugas victoriosas de la vejez
escriben en un texto ya visible
la aventura de las desventuras
que las fueron formando
desamor tras desamor.

La carne se apaga
la muerte es real
atina a confesarse
cepillándose la prótesis dental
mientras se precipita en su imaginación
la dura secuencia de flaquezas últimas:

el cuerpo exhausto
los miembros entumecidos
dolor de parto en todas las juntas
y la mente lúcida pero cerrada
fija en el horizonte sin horizonte del día.

Piensa
no sin horror
en que por todas partes
le nacen larvas
y que su pecho quedará vacío
como siempre estuvo
del rey
y ahora de la alondra.

Ha concluido el ritual de hacerse la barba
y fresco
con la colonia en la cara
sale al bullicio de las calles
acaso para aturdirse
-ya nada queda de la imagen del espejo
ni de su pecho abierto-

atropellado
otra vez
-triste conejo de Alicia-
mirando el reloj
-¡Qué tarde! -
se dice entre la multitud
que empuja sin destino
-¡Qué tarde! -
y corre a prisa.

LA PRUEBA

Hay dolor
agudo dolor
en la mínima distancia
de tu desatinado volar de mariposa
alborotada búsqueda sin rumbo
multicolor
como un adorno del sueño.

¿Qué te duele
-si es dolor de lo que hablar se alcanza
en tu cuerpo delicado
sin que mueras
translúcida y rasgada
más seda que la seda que tejiste?

¿Es que acaso has olvidado
tu antigua condición de oruga
el cuerpo lento
y la fértil baba?

¿No era por ventura
aquel gusano la fuente de ti misma
nido tibio
la hiladora?

Libre al fin
expuesta
te ves como anhelaste.

Ahora lo sabes

tiempo es que es tu tiempo
reloj de hoja de un solo día

No adviertes que de ti aguarda
ese único y efímero sol

si abres tus deleznables alas al viento
hermosa.

¿Qué te duele, que no vuelas?
¡Qué te duele!

DE CÓMO ES EL PARAÍSO

En el paraíso han edificado tu casa
con la misma vieja puerta
y sus conocidos muros.

Delatando tu presencia y tu perseverancia
se levanta tal cual la ves cuando regresas
con los mismos faroles alumbrando desde adentro
y hasta la huella de tus pasos
aún marcados en la entrada.

Adentro
arrimados a sus rincones
los mismos objetos cotidianos
los muebles
las flores que los adornan

-unas lozanas
y otras marchitas
desnudando los pétalos del tiempo-

la biblioteca repleta con los fatigados libros
la ventana que da a la avenida
el poderoso árbol de mango
y su natural alboroto de pájaros
mientras un nacimiento
profundamente rosado
semejante al del sol
de todos los días
ilumina tus ojos y la mano de tu amado.

El paraíso tiene todo esto
y hasta se podría decir
que allí haces lo que siempre habitaste
en cada acto y en cada obra
rutinarias
a diferencia de su hálito
un manto de amor que cubre todas las cosas
eso que podemos llamar aroma de paraíso.

Sólo entonces
de repente
todo cambia
el mundo entero se hace tuyo
eres feliz
–como si alguien podría descifrar esa palabra-
y el cielo nace por todas partes.

LA LUZ

*La luz es el primer animal visible
del mundo invisible*

José Lezama Lima

Vislumbrado animal
de mundos invisibles
ave y mujer al mismo tiempo

regia
de claros pétalos y seductora
sus garras luminosas
hieren
tras el efímero sueño
la candidez de nuestros ojos

mientras juegan con las sombras
los crepúsculos
se llenan de límpidos ángeles
y rutilantes seres de anchos hombros.

Así el alma cimienta
entre el relámpago
un resplandor de dudas perversas

pues en la mañana cuando grita
por la ciudad su indiscreto aliento
la gente no comprende
que todas las cosas se visten
de la amplia melena de oro
para ocultar su desnudo
cuerpo bestial
que es la noche.

LA MENSAJERA

Yo te he visto llegar y eras como la noche
una noche con un sol adentro
abrasando las encinas de mi alma.

Entonces te recibí porque era invierno
y todo estaba árido
seco y desolado:
nadie transitaba la enorme estepa.

Sembrada en mí fuiste la carcelera
que mora adentro
fuiste la navaja
la ácida simiente
el golpe que derrumba.

Como extranjera que eras te erizabas
y yo te sentía crecer
dolorosa
filuda
letal.

Irremediablemente huésped
Irremediablemente pura.

Ahora que has horadado
abierto boquete
y una luz de primavera asoma en el Oriente
con el cuerpo contrito espero
-ya la tierra está dispuesta-
oír tu clara voz
las duras frases
de la misión que traes
mensajera.

LA PRESENCIA EN EL JARDÍN

Quien no se acerca no conoce
la íntima belleza
la comprobación sublime de la presencia
habitante del jardín
mientras el cirio encendido permanece impasible
y la copa de agua espera.

Sólo la profunda humildad mueve
la llave correcta
y el jardín se abre
con sus innumerables fuentes
sus flores
sus hermosos y esforzados cedros
y esa senda serpentina
que nuestra sandalia huella
paso a paso
por la ladera

mientras el águila en el cielo vela
y nuestro corazón golpea
cuidando no manchar la lavada túnica
con la oscura tierra de la ventolera.

Otros poemas

1995 - 2010

MI AUTOMÓVIL

Ahí está su volante redondo y negro bajo mis dedos, y es como extensión de mi cuerpo el cómodo sillón en que me siento para apretar con la derecha el bastón de los cambios. Así desde su centro casi puedo entender por qué de día bufa y cómo parece que se hastiara de su rústica misión de siempre máquina; pero de noche amanece, sus ojos internos me muestran sus agujas fluorescentes que oscilan bajo el control de mi pie derecho o el rojo duro de su mirar cuando lo freno. Afuera, abarca la calle con su boca de luz amarilla lamiendo lo oscuro como si buscara perderme y cuando llueve agita sus dos pestañas-líneas, rítmico, espantando impotente las gotas que no paran. Yo no soy de aquellos que aman en sus autos las extrañas curvas de sus modelos modernos, yo lo siento en su roar de motor que no cesa, en su dolor cuando lo golpea un guijarro en su vientre de lata o con un sofocado aliento en las tardes calientes cuando el sol no descansa en azotarnos de frente y de espalda. Es por eso, tal vez, que varias veces, cuando lo estaciono y salgo, regreso a verificar como maniático si los cuatro seguros de sus puertas rojas fueron presionados hacia abajo.

TESTAMENTO

La tarde se oscurece llena de mariposas de oro
como una avalancha de hojas arrancadas al verano.
Así recibo fuerte fin a tu lado en el valle alto
ya se oye a mi muerte, crujiendo, llegar en gran caballo.

Nací, Octavio Alas de Cañedo, señor de Lobo Rancho
y hasta donde van nuestras miradas son mías las chacras
también las mujeres de grandes y prodigiosos pechos
y los peones que llevan el trigo en sus espaldas de indio
de mí los caseríos, las sendas, los violentos ríos
entre las quebradas, la miel y los enjambres de abejas.

¿Ves cómo son los muchos vientos que arrastran a los hombres?
Nada queda y me queda todo: el mundo se va cerrando.
Abre las ventanas, que entre el alud negro de agua y tiempo
y se lleve mi garganta que cantó por un momento
la navaja de la ausencia, el juego de la palabra
tu piel tan nueva, el reír, y las voces de los muertos.

En los nombres que me precedieron, títulos muy nobles
lee Franz, Jaime, Edmundo, José Eduardo, Oscar y Ricardo
don Arturo Borda, ávido por los ácidos de La Paz
cada uno cubierto en la capilla de Santa Vera Cruz.

Cuida que éste, aún mi cuerpo, ocupe un lugar entre esa gente
para que las cenizas guarden de mí la inútil seña
de gran fama y tesoros y fuego y memoria y olvidos.

Pues nadie conoce cómo será el golpe de la muerte
y uno camina perdido entre los días, chato o grande
escribiendo un papel que luego representa fiero
por ser el mismo que le dijeron, o sea, Octavio
y si no ¿quién puedo ser, mejor que este Alas de Cañedo?

Morir creyendo que al cortarse el hilo todo es eterno
las agujas y el sonido de la luz contra mis ojos
el martes que te amé en la casa de la calle Argentina
el abrazo de mi padre, las buenas noches de enero
y sin tocar la luna, vida dada como humo ciego.

HELENA MODERNA

En 1969
el hombre pisó la luna
todos los niños pensamos que era una conquista
del espacio infinito
la huella de Neil Amstrong
marcada en nuestras pupilas
la profunda huella
de la victoria humana.

Ahora
muchos años después
cuando contemplo la luna
pienso en la extraña figura del astronauta
saltando como rana
y no puedo relacionarla
con este deslumbramiento
con esta mágica presencia
iluminando majestuosa entre los mangales
-Helena moderna-
tanto sueño
desperdiciado.

COLAPSO

Vivo entre el consultorio y el baño.

A veces utilizo la cama
para depositar mi cabeza
que en realidad está en el baño
sobre la superficie dura y fría
que ahoga toda la cama.

Entre el consultorio y el baño
lo único que se desgarran son las palabras
y ese es el poema.

VIENDO LLOVER EN COMALA

Pasan las horas
los días como gotas
y la lluvia se precipita
arrecia.

Entonces también la lluvia escampa
pasa
casi sin ruido
hacia la noche.



Gary Daher (Bolivia, 1956). Poeta, narrador y ensayista. En poesía, ha publicado *Poemas y Silencios* (1992), *Los Templos* (1993), *Tamil* (1994), *Desde el otro lado del oscuro espejo* (1995), *Cantos desde un campo de mieses* (2001, 2006), *Oruga Interior* (2006), *Territorios de Guerra* (2007), *Viaje de Narciso* (2009), y *Errores compartidos* (1995), en co-autoría con Ariel Pérez y Juan Carlos Quiroga. En novela, ha publicado *El Olor de las llaves* (1999), *El huésped* (2004) y *El lugar imperfecto* (2005). En ensayo, ha publicado *En busca de la piedra y el agua* (2005) y en traducciones, poemas de Catulo y Safo en *Safo y Caulo: poesía amorosa de la antigüedad* (2005). Trabajos suyos se han reproducido en diversas antologías, diarios y revistas bolivianas y extranjeras. En 1976 recibió el Primer Premio Jóvenes Escritores, en 1994, Primer Premio Nacional de Crítica Literaria Walter Montenegro, y en 2004 fue nominado Premio Nacional de Poesía “Yolanda Bedregal”.

